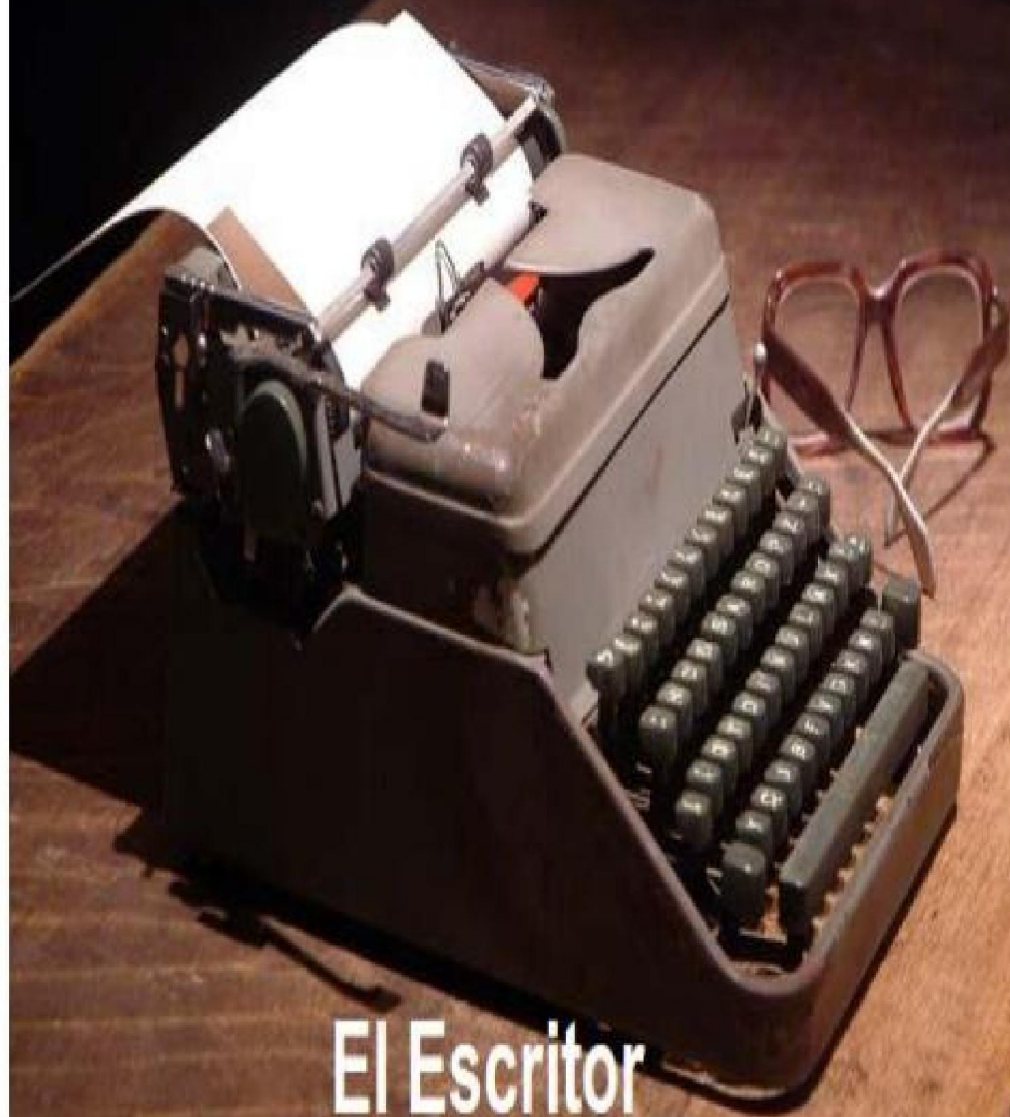


Andy Garcia



El Escritor

Ya no se acordaba de sus comienzos, tampoco le hacía falta, a nadie le gusta recordar malos tiempos. Ahora, era todo distinto, era un escritor de renombre, la fama y el éxito le acompañaban.

Las conferencias y los actos públicos, unidos a las fiestas con celebridades del mundo de la cultura le habían apartado de su faceta creadora.

Hacia más de un año desde la publicación de su último best seller. De todas formas, las ventas seguían produciendo cuantiosos beneficios, a él, y a su editorial.

No comentó nada a nadie, ni siquiera a su familia, pero sentía un pánico irracional a sentarse delante de un folio en blanco. No recordaba cuando empezó a sentirse así, pero hacía ya bastante tiempo que no lograba escribir nada de calidad.

Su carácter comenzó a cambiar, las discusiones con su esposa eran frecuentes, y ella, sin saber qué le ocurría, no podía ayudarle, es más, creía que su mal carácter se debía a la bebida, ya que últimamente bebía más a menudo.

Quiso contarle el problema a su amigo editor, pero temió su reacción y desistió de hacerlo.

Se acostó pensando en una nueva historia, visualizó la trama, a los personajes, los lugares, y contento con todo ello, le abatió el sueño.

Sonó el despertador, pero esta vez, su sonido le resultó agradable. Se levantó con cuidado de no despertar a su mujer, se preparó un café y encendió un cigarrillo, subió a su buhardilla dónde escribía, y encendió su ordenador.

Dio un sorbo de café y después una gran calada, para a continuación ponerse a escribir compulsivamente.

Cuando llevaba dos páginas escritas paró de repente. No le salía nada más. Su euforia inicial se convirtió en segundos en malhumor, repasó lo escrito, pero no le agradó y lo borró todo. Dio otro sorbo de café y otra gran calada, expiró el humo y se quedó observándolo abstraído.

La idea con la que se había acostado ya no le parecía tan buena. Se levantó del escritorio y cogió "El viejo y el mar" de su extensa biblioteca. Salió a la terraza y comenzó a leer. Lo había releído varias veces, pero ahora, no podía concentrarse en la lectura.

Cerró la novela de malos modos, la colocó en la estantería, y bajó a la piscina pensando en que unos largos le vendrían bien.

Nadó enérgicamente, hasta que las fuerzas le flaquearon, salió de la piscina y se sintió bien. Desayunó leyendo la prensa, se duchó y decidió dar un paseo por la playa. Su casa, se comunicaba con una cala privada bajando unas escaleras que él, mandó construir cuando se mudó.

Llamó a su perro, un labrador color canela, y juntos bajaron a la playa. Jugó un rato con él, lanzándole piedras, y después se sentó sobre una roca, y comenzó a recordar sus comienzos como escritor.

Sonreía recordando sus primeros pasos, las penurias económicas que él, y su familia habían tenido que soportar, sus primeros rechazos editoriales, y sus primeras decepciones como escritor.

Pensó, en las horas que dedicaba en sus comienzos a escribir, corregir, cambiar tramas, personajes, y todo ello, a la vez que trabajaba en su último empleo.

Recordó, que a todas horas solía tener en mente alguna historia para escribirla poco después.

Un sentimiento de melancolía se apoderó de él, hasta el punto de hacerle brotar de los ojos dos grandes lágrimas. Se sorprendió de ello, no recordaba cuándo fue la última vez que lloró.

-¿Qué me ocurre?-se preguntó a sí mismo en voz alta.

Su perro que se hallaba tumbado junto a él, le miró al escucharle hablar. Él, le sonrió y acariciándole le dijo que no pasaba nada.

Una extraña sensación de bienestar embargó todo su ser. Parecía, que el haber recordado su pasado le había servido de terapia. Subió las escaleras hacia la casa corriendo, y su perro le siguió los pasos.

Su esposa que se hallaba desayunando junto a la piscina se sobresaltó al verle llegar corriendo.

-¿Qué ocurre?-preguntó asustada.

-¡Nos vamos de viaje!-dijo él, eufórico.

-¿Y eso, a qué viene?-preguntó ella extrañada.

-Nos hace falta, y me vendrá bien para mi nueva novela-contestó él.

-No sabía que estuvieras trabajando en una nueva obra-dijo su mujer.

-No, aún no, por eso necesito ese viaje-dijo él.

-Ah, entonces, di que necesitas ese viaje, no digas necesitamos-dijo su esposa casi enojada.

Él, se colocó tras de ella, y la rodeó con los brazos besándola en la mejilla.

-Perdona, no me he explicado bien, quiero hacer el viaje por nosotros, y de camino, aprovecharlo para mi nueva novela-dijo él.

-Venga, no empeores la cosa-respondió su esposa.

-Vale, está bien, te contaré mi problema, así, lo entenderás todo-dijo él, con tono grave.

Se sentó junto a ella, y encendiendo un cigarrillo, comenzó a contarle el vía crucis por el que estaba pasando.

Ella, se quedó sorprendida, ahora, entendía el por qué de su malhumor, y no, a la bebida cómo ella había imaginado.

-Lo siento "chato", creía que tu cambio de carácter era a causa de la bebida-dijo su esposa contrariada.

-La verdad, es que últimamente he bebido más de lo habitual, creyendo que ello podía ayudar a superar mi angustia-dijo él, cabizbajo.

-¿Por qué no me lo has contado antes?, creo, que no hay secretos entre nosotros, ¿o sí?-dijo ella.

-No, "cielo", no los hay, pero no tenía valor de contártelo-respondió él.

Ella, se levantó y se sentó sobre sus piernas, le rodeó con los brazos y le besó en la frente. Y susurrándole al oído, le preguntó que a dónde tenía pensado llevarla.

-No tengo ni idea, a dónde tú quieras-la dijo.

-Todavía no hemos ido a Transilvania, me gustaría visitar la tierra de Drácula-respondió ella sonriendo.

-¡Buen destino, si señor, decidido, iremos a Rumanía!-dijo él eufórico.

-Sigue desayunando, voy a reservar vuelo y a escoger el alojamiento-añadió él.

Después de hacer las reservas telefoneó a su amigo el editor, para contarle que se iba de viaje, y que durante el mismo comenzaría su nueva novela.

El editor se alegró al oír la noticia, y se extrañó de la euforia mostrada por su amigo.

-Buen viaje, y que sea fructífero-dijo el editor.

-Esperemos, tengo una corazonada-respondió él.

-Eso es bueno amigo, y da recuerdos a Mónica de mi parte-dijo el editor.

Bajó al jardín, y sonriendo dijo a su esposa que ya estaba todo solucionado.

-¿Y bien, cuándo salimos?-preguntó ella.

-Mañana mismo-contestó él.

-Muy precipitado ¿no?-dijo ella.

-Las cosas sin planearlas salen mejor-respondió él sonriendo.

Madrugaron, y mientras Mónica se duchaba, él, se introdujo en la ducha sin avisar, y comenzó a besarla por la espalda. Ella, dio un repulso y se estremeció. Enrique, la cogió por la cintura y la giró hacia él, besándola en la boca con fruición. La colocó junto a la pared y comenzó a besarle todo su húmedo cuerpo. Después, hicieron el amor apasionadamente, con la euforia y el desenfreno de dos adolescentes, bajo el chorro frío de agua que salía de la ducha y mojaba sus ardientes cuerpos.

-Hacia tiempo que no disfrutaba tanto haciendo el amor-dijo Mónica.

-A mí, también me ha encantado “cielo”-contestó Enrique.

Salieron exhaustos de la ducha, y sin secarse se tumbaron en la cama. Se fumaron unos cigarrillos entre besos y caricias.

-Has estado genial-dijo Mónica.

-Y tú, más-contestó Enrique.

-Perdona, si últimamente no te he prestado la atención necesaria-añadió Enrique.

Ella, le miró y le colocó el dedo índice en los labios en señal de que guardase silencio. Enrique se incorporó y la besó con pasión.

Durante el vuelo, Enrique fue explicando a su esposa el itinerario que seguirían una vez llegasen a Bucarest.

-El primer día y el segundo nos alojaremos en el hotel Europe Royale Bucharest-dijo Enrique mientras le mostraba a su esposa un catálogo con fotos del hotel.

A Mónica le gustó el hotel, y le dijo a Enrique que había hecho una buena elección. La habitación era lujosa y espaciosa, un gran balcón invitaba a ver el ajeteo del centro de Bucarest.

Mónica se tumbó sobre la cama para probar su confort, mientras, Enrique encendió un cigarrillo y se acomodó en el balcón, se deleitó con las vistas que ofrecía.

Al cabo de unos minutos, Mónica salió al balcón junto a él, y le abrazó por detrás, Enrique se dio la vuelta y la dijo que la quería.

-Mira que vista-dijo Enrique.

Mónica, se asomó al balcón y contempló la gran panorámica que ofrecía de la ciudad.

-Estoy encantada con haber venido aquí-dijo Mónica.

-Yo también-contestó Enrique.

-Esta noche cenaremos en el restaurante del hotel, ¿te parece bien?- añadió Enrique.

-Sí, tiene buena pinta-respondió Mónica.

Bajaron pronto al restaurante pues se hallaban hambrientos, durante la cena Mónica le hizo preguntas sobre su nueva obra. Enrique, le fue respondiendo a las mismas, pero sin darle muchos detalles, ya que creía que daba mala suerte hablar de una novela antes de concluirla. Después de la cena pidieron una botella de champán para brindar por ellos y por la nueva novela.

Decidieron dar un paseo por las calles céntricas de Bucarest. Pasaron delante de una lujosa joyería y Enrique se paró a observar el escaparate.

¿Cuál de ellas te gusta?-preguntó.

-Ninguna, venga sigamos-contestó Mónica.

Enrique no la hizo caso, y entró atropelladamente en el local.

¿En qué puedo ayudarle?-preguntó la dependienta.

-Deseo ese anillo de oro blanco con rubí-respondió Enrique.

-Buena elección caballero-dijo la vendedora.

-Cuesta dos mil quinientos euros-añadió la dependienta.

-No le he preguntado por el precio, sólo le he dicho que lo quiero-contestó Enrique desafortunadamente.

La vendedora se ruborizó por la respuesta, y pidió disculpas a Enrique. Él, se arrepintió de su contestación, y le dijo a la joven que le disculpara por su falta de tacto. Ella, le sonrió, y le dijo que aceptaba sus disculpas a cambio de un autógrafo. Esta vez, fue Enrique quien se ruborizó, al ver que la joven le había reconocido. Mónica, observaba sin entender nada al otro lado del escaparate. Pensó por un momento que Enrique se hallaba coqueteando con la joven. Le firmó un autógrafo afectuoso, y la dependienta le dijo que había leído varias de sus novelas, y que le habían gustado sobremanera.

Pagó con tarjeta de crédito y pidió que no lo envolviera, diciéndole a la empleada que se lo colocaría a su esposa nada más salir del establecimiento, la joven miró hacia la calle, y sonrió a Mónica en un acto de complicidad. Así fue, al salir de la joyería, Mónica le esperaba sonriente con la mano extendida para que él, le colocase el singular anillo.

Enrique se rió de la situación, y la vendedora observaba desde el interior la romántica escena.

-Es precioso-logró decir Mónica emocionada.

-No más que tú-contestó Enrique mientras le colocaba la sortija.

Una vez colocado, Mónica se deleitó contemplándolo, y le dio las gracias, para acto seguido besar a su esposo en los labios.

-¿Cuánto te ha costado?-preguntó ella.

-Poco para lo que tú te mereces-contestó Enrique.

-No te vayas por las ramas-dijo ella sonriendo.

-El precio es lo de menos, lo importante es que te haya gustado-respondió él.

Siguieron paseando cogidos de la mano y viendo escaparates y puestos ambulantes. A Enrique le llamó poderosamente la atención una librería de antiguo, y no precisamente por su lujo, sino por todo lo contrario. El local se hallaba en los bajos de un edificio que parecía hallarse en ruinas, y el escaparate se hallaba cubierto de una espesa capa de polvo, al igual, que los libros expuestos en él.

En el letrero aparecía el nombre de Horatiu, y rezaba junto a él, la leyenda de libros antiguos.

-Me gustaría echar un vistazo a esa librería-dijo Enrique.

Mónica, prefirió entrar en un local de moda que se hallaba enfrente de la librería, y repleto de gente, cosa que le llamó la atención para la hora que era.

-Bien, en cuanto eche un vistazo voy en tu busca-dijo Enrique.

-Seguramente yo terminaré antes que tú-dijo Sonia sonriendo.

-Probablemente-contestó Enrique también sonriendo.

Besó a Mónica, y esperó a que se adentrara en el comercio, acto seguido penetró en la curiosa librería. El local transmitía una rara sensación, su olor, su iluminación, así, como su mobiliario parecían sacados del pasado. Desde fuera parecía más pequeño, sin embargo, el local era bastante grande. Enrique, quedó maravillado con la encuadernación de varios ejemplares de la Biblia, todos ellos se hallaban cubiertos de polvo, pero lejos de desagradar a Enrique, esto hizo aumentar su curiosidad por los volúmenes. Se hallaba sumido en la lectura de uno de ellos, cuando de repente una voz rajada en el otro extremo de la librería le sobresaltó. Miró al final del largo y estrecho pasillo, pero no logró ver a nadie.

-Hola-dijo Enrique.

-Enseguida le atiende-escuchó decir al fondo del pasillo.

-Bien, gracias, no hay prisa-contestó Enrique.

Siguió hojeando algunos ejemplares, muchos de ellos eran de la Edad Media, Enrique se encontraba ensimismado contemplando aquellas obras de arte, además, le llamó la atención que ninguno de ellos tuviesen marcados los precios. De repente, escuchó el golpear de un libro sobre el mostrador. Se dio la vuelta y allí, detrás de el mostrador se hallaba un enigmático personaje, parecía sacado de una historia de J. R. R. Tolkien. El individuo, vestía de forma andrajosa, su pelo largo y grasiento junto a una nariz aguiluca y una prominente joroba, hicieron dar un sobresalto a Enrique, quien no imaginaba hallarse con tal esperpento. De cerca, vio como su cara se hallaba totalmente deformada, parecía como si se hubiera quemado con algún producto inflamable.

-No tema amigo, le estaba esperando-dijo el extraño personaje con su particular voz.

-¿Perdone, cómo dice?-logró preguntar Enrique sin salir de su asombro.

-Acérquese, tengo lo que necesita-dijo el enigmático personaje sonriendo, dejando entrever una dentadura deforme y negruzca.

Enrique, no entendía nada, parecía hallarse en medio de una pesadilla, pero no, aquello era real cómo la vida misma. Permaneció unos segundos inmóvil observando a aquél extraño sujeto, y sin soltar el último ejemplar que había estado hojeando minutos antes.

-Venga aquí, no tenga miedo, a pesar de mi aspecto soy inofensivo-dijo el individuo.

Enrique, se acercó al mostrador midiendo sus pasos, había algo en ese ser que le transmitía tranquilidad, y desasosiego. Llegó hasta el mostrador, y posó su mirada sobre el ejemplar que mantenía agarrado el extravagante dependiente.

Sus manos se hallaban cubiertas de costras, parecían una mezcla de suciedad y de postillas, cosa que a Enrique le repugnó sobremanera.

-No tema, no es contagioso, ni siquiera una enfermedad, es una simple alergia al papel, pero es el único oficio que conozco y como comprenderá el trabajo manda-dijo el personaje con su particular voz.

El individuo soltó el ejemplar, y Enrique como poseído fue a abrirlo, de repente, el librero puso la mano con rapidez sobre la cubierta, asustando a Enrique.

-Aún no puede leerlo, hasta no estar seguro de querer llevárselo-respondió sin más el personaje.

En la portada no rezaba título alguno, sólo unos extraños dibujos dorados adornaban el singular ejemplar.

-¿Sobre qué trata y quién es su autor?-preguntó intrigado Enrique.

-Eso no importa, lo importante es para lo que sirve-respondió con una sonrisa espantosa el librero.

-¿Y para qué sirve si puede saberse?-preguntó Enrique con tono serio.

-Para el mal que le acecha hace tiempo-respondió el librero.

Enrique al escuchar aquello se sorprendió, ahora, si sintió un escalofrío recorrerle toda la espalda.

-Sí, ¿Y cuál es ese mal si puede saberse?-preguntó con ironía Enrique.

-Los dos lo sabemos-respondió de forma escueta el extraño librero.

No hizo más preguntas, optó por llevárselo sin más, preguntó el precio y pidió una bolsa al librero.

-No tiene precio, sólo podrá llevárselo con una condición-respondió el enigmático individuo.

-¿Me está usted tomando el pelo?-preguntó enojado Enrique.

-Nunca bromeo con mi trabajo, ni con mis clientes-respondió con tono serio el librero.

-Todo esto me parece absurdo-dijo Enrique con enfado.

-Pues entonces váyase por dónde ha venido-contestó el librero de forma áspera.

Enrique decidió marcharse de aquel extraño lugar, pero antes de salir, una poderosa fuerza se apoderó de él. No sabía qué le estaba ocurriendo, pero se dirigió como un sonámbulo de nuevo hacia el mostrador y agarró con fuerza el enigmático ejemplar.

-Dígame la condición-dijo exasperado.

-Cuando le haya servido para su propósito tendrá que devolverlo sin dilación alguna, y aceptar el favor que le pida-contestó el librero.

-¿Cuál es el favor?-preguntó intrigado Enrique.

-En su momento lo sabrá-respondió el librero.

-¿Y a dónde tengo que devolverlo, aquí mismo?-preguntó aún más intrigado Enrique.

-No se preocupe por eso, yo mismo iré a recogerlo-respondió el extraño personaje con voz siniestra.

La respuesta inquietó a Enrique, pero no se atrevió a preguntar nada más.

El librero envolvió el enigmático ejemplar con una hoja de periódico descolorida y antes de entregárselo a Enrique extendió la mano para estrechársela a éste. Enrique miró la repugnante mano, pero la estrechó con fuerza a pesar de su aspecto.

-Ha sido un placer-dijo el librero

-Lo mismo digo-dijo Enrique sin pensarlo, y salió a toda prisa de la extraña librería.

Ya en la calle, notó como la temperatura era mucho más cálida, miró al local de moda donde había entrado su esposa por si ya se hallaba esperándole. No, aún no había salido, se dirigió hacia el comercio y antes de entrar, se volvió hacia la librería y comprobó para su asombro que ya se hallaba cerrada. Quiso leer el misterioso libro, pero vio a su esposa que se acercaba.

-Tienes mala cara, ¿Te encuentras bien?-preguntó Mónica.

-Me he mareado un poco, debe ser la calor-respondió Enrique.

-¿La calor? Pero si hace frío-dijo Mónica extrañada.

-Ya estoy mejor, no te preocupes-dijo Enrique, queriendo dejar zanjada la cuestión.

-Veo que has hecho algunas compras-dijo Enrique seguidamente.

-Sí, había muchas ofertas interesantes-contestó Mónica sonriendo.

-¿Y tú, qué tal?-preguntó Mónica.

-Bien, he pasado un rato entretenido con tantos libros antiguos-respondió Enrique.

-No, me refiero a tus compras-dijo Mónica mirando el paquete envuelto en periódico.

-¿Esto? Una edición descatalogada-dijo Enrique sin querer dar importancia al libro.

Cogió las bolsas para ayudar a su esposa y metió el misterioso libro en ellas, para así, evitar hablar sobre el mismo.

-¿Qué te has comprado cielo?-preguntó Enrique cambiando pronto de tema.

-Un par de blusas, unos pantalones, un cinturón, y para ti, un jersey negro moderno que te gustará-dijo Mónica con una sonrisa.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

